

Discurso pronunciado en la sesión de apertura de la XI Jornada Médica Nacional por el doctor Carlos Canseco Jr., socio correspondiente de la Academia Nacional de Medicina y Secretario Adjunto de la Jornada

ES PARA EL ESTADO DE Nuevo León y en particular para la ciudad de Monterrey, un señalado honor que la Academia Nacional de Medicina, la Sociedad Médica más antigua y prestigiada de México, haya escogido a nuestra ciudad como sede de la XI Jornada Médica Nacional.

Permítanme ustedes que les presente, aprovechando "Los Sonetos del Cerro de la Silla" del joven poeta nuevoleonés, Ernesto Rangel Domene, a manera de viñetas trazadas al fuego, algunos de los aspectos de la Medicina nuevoleonesa.

I

Inmensa flor de piedra azul labrada
'cómo me llama el aire de tu altura,
para poder sentir mucho más pura
y más clara, la noche constelada'.

'Cómo desde tus riscos solitarios
se ha de sentir la paz de toda cumbre'
Cuando el ocaso de su antigua lumbre,
'qué vientos soplarán, qué campanarios'.

Quisiera el ancho espacio donde habita
tu corazón intacto sobre el mundo,
y el agua que te mana del costado,
para saber del sol, que resucita
con cada primavera, tan rotundo,
intemporal, y siempre enamorado.

Nuevo León... tierra agreste, no fue en la época precolombina sitio de grandes ciudades y sus pobladores no alcanzaron el grado de cultura de sus

contemporáneos de la Mesa Central o del Sureste de México.

Formaban tribus de cazadores y no existen registros de la Medicina que practicaban. Indudablemente, tenían sacerdotes médicos y éstos realizarían sus curas con la mezcla conocida de hechicería y conocimientos generales de las yerbas locales.

Con la llegada de los españoles se inicia la Historia de la Medicina Nuevoleonesa y habré de citar el nombre de Antonio de Marchena, primer cirujano del que se precisa ejercía su profesión en Cerralvo en 1626.¹ El 14 de septiembre de ese año, atendió al capitán Martín Aranda y al soldado Alonso de Iñiguez, que habían tenido un duelo del que el primero salió gravemente herido en la "barba y en el gznate a un lado", éste, fue seguramente el primer parte médico en los anales de la Medicina en Nuevo León.²

Posteriormente aparecen los nombres de Juan Fernández (1629), Matías de Silva 1629), Diego González (1936) que en los escritos de la época son catalogados como médicos prácticos "pero autorizados para ejercer la cirugía".

II

Caballo de zafiro en la llanura,
y mariposa azul, decapitada,
donde nace la luna encarcelada
como una inmensa perla en montadura.

Boca sedienta en pos de las estrellas
con falda de neblina en la mañana,
eres piedra inicial, novia temprana,
y agreste catedral de líneas bellas.

Dos torres centinelas te defienden
gemelas, como pechos tan altivos,
que arriba solo a ellos cuando emprende
su vuelo en el crepúsculo que arde,
un tránsito de pájaros festivos,
colegiales del aire de la tarde.

A principios del siglo XVIII había en Monterrey un cirujano de origen francés, Pedro de Fee y a fines del mismo siglo se señalan en los anales del Municipio de Monterrey a Juan Antonio de la Paz "como médico inteligente para la cirugía".

En 1793 el tercer obispo del Nuevo Reyno de León, Dr. Don Andrés Ambrosio de Llanos y Valdés, fundó el primer hospital de este Estado, el Hospital de Nuestra Señora del Rosario, en una vieja casona situada hoy día en la esquina de las calles de Mina y Abasolo, y trajo para atenderlo a los españoles José Vicente de la Peña, médico y Francisco García, "boticario".

En 1798 el Hospital de Nuestra Señora del Rosario, estaba bajo la dirección del Dr. Antonio de la Vera y Gálvez y a éste correspondió atender a los enfermos de la epidemia de viruelas que asoló al Nuevo Reino ese año.

Para atender a los infectados se instaló un segundo hospital, llamado de emergencia en el sitio que ocupa actualmente el Aula Magna de la Universidad de Nuevo León.

El Acta del Cabildo de Monterrey del 21 de mayo de 1728 asienta que Fr. Antonio, advirtió el peligro de la epidemia al descubrir dos casos de vi-

ruela en un barrio extramuros "y advirtiendo que eran viruelas de la buena especie" ordenó el Gobernador que se inoculara a los hermanos de los enfermos para obtener puses o materias para continuar la inoculación de todos aquellos que quisieran recibirla".

Este procedimiento anterior de la vacuna de Jenner (a México llegó la vacuna de Jenner en 1804, cuando por órdenes del Rey de España Carlos IV, Francisco Javier de Balmis fue enviado de la metrópoli a la Nueva España para enseñar la técnica de la vacuna de Jenner) tuvo éxito según se desprende del Acta del Cabildo del 12 de septiembre del mismo año, en la que se refieren los resultados de la inoculación.

De 2,100 inoculados murieron sólo 11 (0.5%) y de 466 que padecieron las viruelas naturales murieron 32 (6.9%).

La figura de Fr. Antonio, se agiganta al considerar los resultados de su dedicación a la investigación de la Medicina en Nueva León.

Después de Fr. Antonio aparecen en los registros del hospital los nombres de numerosos médicos que ocuparon el cargo de Director del mismo.

Pero ahora interesa recordarles a Uds. la figura de José Eleuterio González, médico... humanista... maestro.

Fue José Eleuterio González, Director de este hospital desde 1834 hasta 1853, año en que fue definitivamente clausurado. Hablar de José Eleuterio González ocuparía sin duda varios días y no soy el más indicado para hacerlo. Bástenos recordar que a este prócer se debe la fundación del Colegio Civil del

Estado en 1857,³ de la Escuela de Medicina y de su Hospital adjunto en 1859.

Desafió a Maximiliano cuando éste ordenó clausurar todas las escuelas dependientes de la Educación Pública y continuó clandestinamente sus clases, hasta la restauración de la República en 1867.

De José Eleuterio González escribió Guillermo Prieto lo siguiente: "Es una luminaria para la ciencia. Para la juventud un tesoro. Para la humanidad doliente un tierno y generoso consuelo orgullo".

y para Monterrey un justo timbre de De José Eleuterio González vino a residir a Monterrey. Habla que éste lo hizo acompañando a su amigo el sacerdote franciscano Fr. Gabriel Ma. Jiménez, oriundo de Monterrey y que al enfermar en San Luis Potosí en donde estaba el joven José, quiso venir a Monterrey para morir al lado de su madre y el joven estudiante de Medicina J. E. González que hacía de la amistad un culto, dice en el documento descubierto por don Carlos Pérez Maldonado lo siguiente:

"Entre tanto nuestro Padre Jiménez se desmejoraba cada día, sigue diciéndolo el doctor y, sin embargo, todavía así predicó la cuaresma de 1834. El último sermón que predicó fue el de San Juan Nepomuceno, en la fiesta que le hacía el Lic. Juan Arizpe".

"Llegó el 28 de febrero de 1835, comprendió que le llegaba su última hora; la veía llegar con toda tranquilidad y toda calma; hablaba de ella

como de un paseo que fuera a dar por su gusto, hizo le cantaran el Credo y, a los pocos momentos después murió. El primero de marzo amaneció tendido y al día siguiente me fui a vivir al hospital."

Pero si la amistad lo trajo a Nuevo León, se quedó en estas tierras por otras razones y transcribo a usted las palabras del sabio cuando explicaba por qué se quedó en Monterrey.

"Desde que yo vine a Monterrey compré una Constitución para estudiarla. Yo ya había visto la Constitución de Jalisco, la de San Luis, la General de la Nación dada en el año de 1824, y la de la Monarquía Española publicada en 1812. "En Nuevo León, me decía yo, el que no es patriota, el embustero, el injusto y el egoísta, pueden ser acusados y perseguidos por infractores a la Constitución. Además, aquí puede uno aprender y enseñar cuanto quiera, sin más restricción que la de que lo que se aprende o enseñe sea una cosa honesta; este país es, pues un verdadero paraíso."

III

Oh, regiamente tan regiomentano,
anclado barco, levantada garra'
'Vine a cantarle al son de mi guitarra
por tu real realeza, nombre humano'.

Viejo castillo augusto y soberano,
'Oh rey del valle' el viento que desgarras
tu media luna, alfanje o cimitarra,
llega cantando herido por el llano.

'Oh silla de montar, cabalgadura,
manso volcán dormido, trono austero,
vacante reino, procurado anhelo'.

'He de subir sobre tu espalda dura
y en una noche plena de luceros,
cabalgaré contigo por el cielo'.

La fisonomía de Nuevo León cambió al iniciarse este siglo.

La industrialización avanza, llegan las vías férreas.

El general Bernardo Reyes abre las puertas al desarrollo futuro del Estado y aparecen nuevos prohombres de la Medicina. Juan de Dios Leal, Procopio González, Eusebio Guajardo, Edelmiro Rangel, Gregorio Martínez y Francisco Canseco, ocupan la cátedra de Gonzalitos y su ejemplo, al enseñar y su desinterés al ejercer su profesión, hacen progresar la Medicina del Estado y la complementan con sus experiencias en la capital y en el extranjero.

Continúa el tiempo marcando el progreso del Estado.

La Revolución marcará el camino a seguir y de ella surgen también dos hombres que recogiendo las enseñanzas del pasado, mantienen orgullosos el prestigio médico de Nuevo León.

Francisco L. Rocha, miembro de la Academia Nacional de Medicina y uno de los médicos más distinguidos de México, reorganiza el Hospital Civil y lo lleva a su actual edificio.

Su tarea la continúa el inteligente, inquieto e idealista Dr. Angel Martínez Villarreal que junto con Rocha, en caballerosa oposición, trazan el camino a seguir a la Medicina en el Estado. Junto a ellos otro gran médico nuevoleonés Francisco Vela González, el único que los sobrevive hoy día, traza para Nuevo León los lineamientos de la Medicina Sanitaria e Industrial de cuyos beneficios gozamos hoy día.

El ejemplo de estos grandes médicos, el tesón de los regiomontanos y las po-

sibilidades que brinda la Escuela de Medicina me han permitido observar en los últimos años el avance extraordinario de la profesión Médica de Nuevo León.

Su escuela, su hospital universitario y las demás instituciones médicas de la ciudad deberán tener siempre presente en el recuerdo los nombres de Vera... Leal... González... Rangel... Guajardo... Martínez... Canseco... Rocha... Martínez Villarreal... y Vela González. Ellos escribieron la Historia de la Medicina de Nuevo León independiente y la llevaron al lugar que ocupa en el concierto médico nacional. Justo es que en este día, en que la Academia Nacional de Medicina nos distingue con su presencia y estimula con su aliento, recordemos con veneración y respeto a los que con su ejemplo han escrito la Historia de la Medicina en Nuevo León, abriendo un camino, camino seguro a las futuras generaciones médicas nuevoleonésas.

Señores académicos... señoras... sean ustedes bienvenidos a Monterrey.

REFERENCIAS

1. Médicos y hospitales en el Nuevo Reino de León. Tomas Meridichaga C. Humanista, Vol. 2 1961, Pág. 171 y sig.
2. Archivo Municipal de Monterrey. Vol. 1 1620-1635. *Contra Alonso de Iñigues por haber reñido con Martín de Aranda y dándole cuchillazos.*
3. José Eleuterio González, su vida y su obra. Dr. Guillermo Siller Rodríguez. *Trabajo de ingreso a la Sociedad Mexicana de Historia de la Medicina.* 29 de junio de 1967.
4. Por qué se vino a vivir a Monterrey el Dr. José E. González. Sr. Carlos Pérez Maldonado. Humanistas Vol. 1 1960 Pág. 481 y sig.